

MARIO MAYA

el sueño inacabado

MANUEL MORAGA ■



ra un soñador. Incluso despierto, soñaba... Su mente estaba llena de quimeras... Unas se podían tocar. Otras las construía en el escenario de la utopía... Mario Maya nació y creció en la humildad, sin más medios que sus botas y sin más recursos que su talento. Gente con talento y con botas la hay, y mucha. La genialidad ya es más difícil de encontrar... Mario Maya la tenía, pero no en sus pies, ni en sus manos, ni en sus desplantes, ni en su figura, sino en su espíritu. Un espíritu insaciable de cultura. Y de ética.

Retrato de Mario Maya,
Granada, 1993
Foto: Jesús Salinas



MARIO MAYA

el sueño inacabado

La fama y la gloria

Perfeccionista, detallista, trabajador incansable y, sobre todo, enemigo de lo banal, Mario Maya jamás hubiera cambiado una vitrina por un escaparate... No le interesó lo fugaz... En una sociedad que adora el plástico, Mario Maya buscó la permanencia. "*la fama no es sino la gloria en calderilla*", dice el maestro acordándose de Víctor Hugo. El escaparate cambia con las estaciones; la vitrina expone lo que ha de perdurar. Por eso sus obras buscaron siempre un hueco en el acervo cultural de cada momento histórico: un lugar desde el que trascender en el tiempo. Ese lugar es la gloria.

Foto: Elke Stolzenber, del libro *Las máscaras de lo jondo*

El contador de historias

Lo que no cabía en sus sueños era la inspiración del momento: su militancia fue la disciplina y el rigor diario. La mejor improvisación es la que está pensada. Y con esa reflexión permanente nos ha enseñado que el flamenco también puede narrar... Su instrumento fue la dramaturgia, así como la coherencia entre la idea y forma. Mario Maya supo trabajar en horizontal y en vertical: organizando las acciones sin perder de vista la perspectiva. Desgranaba los recursos - dramáticos y expresivos- distribuyéndolos con inteligencia: todo trabaja a favor de la idea, que es la que debe permanecer en la memoria del espectador; la que debe trascender. Por eso Mario Maya ha sido siempre un maestro contador de historias.

Libertad y compromiso

Su personalidad libre y crítica, así como su no alineación con las estructuras políticas dominantes en cada momento –y sobre todo en su Granada– le ocasionaron alguna antipatía entre los mandamases. Esa independencia ideológica le costó una cierta e injusta merma en la proyección y el reconocimiento público fuera del ámbito del flamenco y la danza. Pero a pesar de todo, Mario Maya nunca dejó de ser comprometido: con el arte, con la cultura, con su etnia, con el progresismo, con sus amigos y con su familia.

También su exquisitez, su sensibilidad, su capacidad intelectual fue en ocasiones poco o mal entendida entre algunos compañeros de profesión, que tomaban por cursilería lo que era educación. Esa necesidad de algunos le situó en el blanco de alguna malsana envidia que él –limpio de maldad– nunca quiso apuntar en el capítulo del "debe". A fin de cuentas, la envidia está reñida con la inteligencia. Inteligencia que, por el contrario, sí apuntaba en el capítulo del "haber". El tiempo pone a cada uno en su sitio y Mario Maya ya tenía el suyo desde hace décadas.

Stravinsky y la Fernanda

Premio Nacional de Danza, Medalla de Andalucía, Galardón Calle de Alcalá, dos Giraldirillos... El mundo de la danza flamenca supo ver y reconocer su arte. Mario Maya se sentía con la obligación de conocer y de vivir el flamenco y la música hasta sus últimas consecuencias. Hablamos de un artista que lo mismo escuchaba a Britten o Stravinsky que se presentaba con Ansonini, Manuel de Paula y otros en la puerta de Fernanda de Utrera a las cuatro de la mañana para pedirle un buchito de aguardiente... y un cante.

Creador completo

Mario Maya fue probablemente el más grande de su generación, el más polifacético, el más completo, el más arriesgado y el más comprometido con el arte. Fue bailarín y bailaror, coreógrafo, director de escena, participaba intensamente en la iluminación, en el vestuario, en la escenografía, componía su propia música... Todo el proceso de creación de cada una de sus obras ha estado impregnado de su personalidad y de su talento.

Mario Maya fue todo un director, un autor de 360 grados cuya maquinaria creativa no cesaba nunca: "soy un ratoncillo", solía decir cuando guardaba algún recorte o algún documento que él preveía útil para su trabajo o su espíritu.

El cajón de los proyectos

El trabajo fue su única fe, porque hasta en sueños trabajaba. Jugaba con el tiempo en su despacho, entre ordenadores, libros y equipos de música... La música: siempre la música. Y el trabajo: siempre el trabajo. Creo que hasta decidió marcharse en sábado para que nadie dejara de trabajar por su culpa... Y en el cajón de sus proyectos ha dejado, entre otros, el "Centro Flamenco de Estudios Escénicos Mario Maya" (en Carmona), su guión para la película "Dialogo del Amargo", su ya avanzada obra "Las Bacantes" y su siempre anhelado "Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejías". Esperamos y deseamos que ese cajón de los sueños no se convierta nunca en el de los recuerdos.

Los cuatro puntalitos...

Pero todo el edificio profesional y humano del artista y de la persona no hubiera podido sostenerse sin los cimientos emocionales que le proporcionaron en su vida –y en su muerte– los que de verdad han sido su gente: su mujer Mariana Ovalle (su "Marianita") y sus hijos Belén, Ostalinda y Mario. Los cuatro formaron su mundo más íntimo y los cuatro le acompañaron en el último acto de la vida, justo el acto que no estaba proyectado ni escrito... Ni tan siquiera proyectado... "No le tocaba", reflexiona todavía Mariana.

Cultura y ética

Aquel gitanillo del Sacromonte, aquel niño soñador de extramuros tuvo como mejor aliada a la inquietud. Fueron sus deseos de aprender y su incompatibilidad absoluta con el estancamiento intelectual los que le hicieron crecer: "Sólo con la inquietud por la cultura puede haber progreso", afirmaba. Así, en su pensamiento quedó grabado el primer artículo de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre: "El ser humano nace libre e igual en dignidad y derechos", solía repetir. Pero añadía: "La cultura y la ética es lo que nos diferencia". La cultura y la ética... Dos utopías en el espíritu inquieto de un soñador empedernido.

▣ *Mario Maya*

José Heredia Moreno

Leí la noticia y me apresuré a mirar los relojes: no se habían parado. Al otro lado de la ventana la gente caminaba por la calle despreocupada, como si fuera un día cualquiera. Retomé el diario y debati con mi madre, aturcidos los dos, la razón de que la información no apareciera en primera página, sino enterrada en la página 46, en los breves de cultura, cinco líneas con foto a una columna, el cementerio del periódico. En la radio no había programa especial, ni siquiera un homenaje improvisado, que resaltara sobre las demás tan triste noticia. Repasamos la programación de la tele pero las cadenas no habían pensado emitir alguna de sus obras. Salimos a la calle a comprar más periódicos y en alguno sí que aparecía en una esquina de portada, remitiendo a media página de cultura dedicada a su semblanza, pero nada más.

Hace unos meses vino a visitar a mi padre, José Heredia Maya. Juntos crearon, en 1976, *Camelamos Naquerar*, un hito escénico que se convirtió en uno de los primeros lamentos del teatro por los gitanos de España. Eran, en aquellos tiempos difíciles, dos jóvenes gitanos que se atrevían a alzar la voz para denunciar quinientos años de opresión e injusticia. Más de treinta años después de aquel espectáculo providencial, enfermos los dos, cogidos del brazo, vacilante mi padre por las empedradas cuevas del Sacromonte, más firme Mario aunque también comprometido, caminaban a la vuelta de todo, casi sin decirse, hablándose a miradas. Quizás recordaran las giras de entonces, cuando, a la par que el éxito, llegaron las pintadas intimidantes, las amenazas de muerte y hasta la quema de un teatro (nótese la analogía con la tradicional quema de libros, el "¡muera la cultura!", de los totalitarios).

Hoy los gitanos no tenemos que arriesgar la vida para reclamar respeto y dignidad -al menos en España- y ese escogido grupo de pioneros al que Mario y mi padre pertenecen, puede sentirse orgulloso de sus logros: han conseguido dignificar el flamenco conectándolo con la historia de penurias y ansiedades del pueblo que le ha dado forma y altura; han refrescado la mirada de viejo arte con una vitalidad y una profundidad de las que aún beben los artistas presentes; han consumado su hechizo sobre el público hasta convertirlo en una marca de España en todo el mundo. Pero aún más, han dotado de un lenguaje universal y una vía de expresión muy poderosa al devenir y las inquietudes, tantas veces trágicos, de los gitanos.

Y mientras Mario Maya y José Heredia, unos meses atrás, ya mayores y enfermos, sorteaban obstáculos en las venturosas calles del Sacromonte granadino, todo el que estuvo presente pudo ver, tras sus vacilantes pasos, lo que siempre fueron: gentes de extraordinario talento que, partiendo de la nada y sorteando obstáculos y penalidades, decidieron perseguir su propio horizonte abriendo una vereda hacia la defensa de los desheredados a través de la crítica perpetua de la injusticia y una pasión inagotable por la creación y el arte.

Que Mario Maya haya fallecido y el mundo no se haya detenido ni un momento me tiene presa del asombro y la perplejidad. Este país ha contraído una gran deuda de imagen y prestigio con sus artistas gitanos, venerados en el extranjero, largamente ignorados en España. El legado cultural que nos deja Mario Maya ya sólo lo podremos honrar con nuestra admirada gratitud y afligida memoria.

José Heredia Moreno
es sociólogo y escritor



Seminario Internacional de Cultura Guana

Zaragoza 23 y 24 de junio de 2008

El presente es un libro de reglas para el juego de la pelota, que se juega en el campo de la plaza de San Juan, en la villa de Zaragoza. Este juego se juega con una pelota de cuero, que se golpea con los pies, y se juega en un campo de tierra. El juego se divide en dos partes, una para el día y otra para la noche. En el día se juega con una pelota de cuero, que se golpea con los pies, y en la noche se juega con una pelota de cuero, que se golpea con los pies. Este juego se juega en un campo de tierra, que se encuentra en la plaza de San Juan, en la villa de Zaragoza. El juego se divide en dos partes, una para el día y otra para la noche. En el día se juega con una pelota de cuero, que se golpea con los pies, y en la noche se juega con una pelota de cuero, que se golpea con los pies.

